



## EL JUGADOR DE AJEDREZ

En un pueblo conocí a un hombre que trabajaba en el campo y jugaba al ajedrez.

Nadie sabía de dónde era. Llegó solo, con poco equipaje y hablando menos. Los lugareños llegaron a apreciarlo porque era honrado y trabajador. Notaban que no venía de un ambiente rural, pero tenía ganas de ser como ellos, de llevar su misma vida y lo captaron rápido. Su destreza y habilidad con el ajedrez pronto fueron reconocidas. Evitaba participar en torneos o singularizarse. Sabían que leía bastante, porque fácilmente podían verlo haciéndolo bajo cualquier árbol en sus ratos libres. Una sola vez le intentaron convencer para que jugase una partida con otro hombre que estaba de paso y que, según decían, era el mejor de la comarca, con varias victorias en su haber, a nivel provincial. Pero José no se presentó. Algunos le tacharon de cobarde, otros de incumplidor, pero otros callaron. Era demasiado valiente para ser cobarde y demasiado cumplidor

para no presentarse y ser desconsiderado. Un día coincidimos en las afueras del pueblo. Yo venía de dar la comunión a una enferma y opté por pasear un rato entre los árboles buscando la sombra. Me dio las gracias por lo bien que atendía a los enfermos. Tras unas palabras superficiales pero sinceras me quedé mirándolo y le pregunté:

-¿Por qué no acudió a la partida? Y él con sencillez exclamó:

-Padre, yo fui jugador de ajedrez antes de venir aquí. Tenía fama y ganaba bastante dinero. El porvenir me sonreía. Pero me di cuenta que cada vez era menos persona y más superficial. Estaba ganando partidas de ajedrez y los periódicos empezaron a hablar de mí, pero todo era externo. Dentro de mí estaba vacío, triste, y estaba perdiendo la partida más importante: mi vida.

»Opté por retirarme al campo y buscar en la sencillez de la vida rural y en el anonimato los medios para reencontrarme conmigo mismo. A través de estos años lo estoy logrando y no quiero ganar concursos, ser célebre o ser señalado por los medios de comunicación. Esa etapa ya la he superado.

-¿Es usted creyente? -le pregunté con espontaneidad.

-Dios y yo no estamos muy lejos -me respondió-. Cuanta más paz interior tengo, más me parece percibirlo. Aunque no me vea en la iglesia, leo de vez en cuando la Biblia, y en su lectura encuentro fortaleza y alegría para seguir mi camino. Cada uno juega su partida y la mía no la llevo mal.

Me cambiaron de convento. Dejé de visitar aquellos pueblos y sus enfermos. Recuerdo a sus habitantes y oro por ellos, y en especial por el jugador de ajedrez.

Esteban Sala

## DAMIÁN

Este santo se llamaba José Damián de Veuster, nació en Bélgica y era hijo de un agricultor. Damián tenía un hermano mayor que se llamaba Pánfilo. Cuando tuvieron la edad suficiente, ambos hermanos ingresaron en la congregación de los Sagrados Corazones de Jesús y María.

Tras varios años de estudio, Pánfilo se preparó para viajar a las islas Sandwich (en Hawaii), pero cuando estaba a punto de embarcarse enfermó. Damián pidió permiso para ocupar el puesto de su hermano y la congregación lo aceptó. Como no había terminado sus estudios, fue ordenado sacerdote en Honolulu, donde trabajó intensamente con los nativos. Luego lo enviaron a la isla de Molokai para que se ocupara de la comunidad leprosa (los leprosos son personas que padecen una grave enfermedad contagiosa; tal vez hayas oído hablar de ellos en el Evangelio, pues hay un pasaje muy conocido donde Jesús cura a uno de ellos).

Lo cierto es que cuando Damián llegó a la isla de Molokai las condiciones eran deplorables: no había alojamientos, ni asistencia médica, ni buenas condiciones sanitarias. Para remediar la situación, Damián se dedicó por completo al cuidado espiritual y físico de los enfermos y organizó la vida social y económica de la isla, promoviendo la agricultura y la industria.

*¿Alguna vez tuviste que cambiar de planes repentinamente? San Damián decidió ocupar el lugar de su hermano cuando éste se enfermó y, a pesar de que no había planeado viajar a Hawaii, fue allí donde pudo desarrollar su vocación y encontrar la felicidad. Trata de rezar una pequeña plegaria para que tú también puedas vivir una existencia plena, aunque sea de la manera más inesperada.*



## VIVE CON AUTENTICIDAD

A veces las enfermedades nos señalan las zonas defectuosas del alma. Lo más importante entonces es averiguar el sentido de la enfermedad. Una enfermedad es, sirviéndonos del simbolismo de la fábula, como el perro que ladra queriendo indicar con sus ladridos el lugar del tesoro oculto que llevamos dentro. El tesoro interior, a su vez, es símbolo del yo auténtico, del que prescindimos y al que desatendemos con demasiada frecuencia. La enfermedad nos hace caer en la cuenta de que hemos prescindido del yo auténtico y nos amonesta seriamente a vivir con autenticidad según la imagen que Dios se ha hecho de nosotros.

**Una sonrisa es descanso para la persona cansada, ánimo para la abatida y consuelo para el corazón dolorido. (Rudaz)**

## VIVIENDO EL PADRENUESTRO

Juan el Limosnero se enteró de que había en Alejandría un rico mercader que profesaba un odio implacable hacia uno que le había engañado en un contrato, siendo incapaz de perdonarle, a pesar de que cumplía fielmente con sus deberes de cristiano. A pesar de hablar con él, el mercader se mantenía firme en su negativa a perdonarle.

A la mañana siguiente, el mercader asistió a misa, como era su costumbre. Llegados al Padrenuestro, después de haber dicho «perdona nuestras ofensas», los asistentes, previamente advertidos por el obispo, se callaron de golpe, así que el mercader se vio solo diciendo: «...como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden». Juan se dio entonces la vuelta y dijo alto y claro: «¡Estás arreglado... si Dios te perdona como lo haces tú!». El mercader entendió, y decidió perdonar para estar seguro de que obtendría, a su vez, el perdón divino.

## NAVIDAD EN ETIOPIA

En la última Navidad que pasé en Teticha, los primeros en ponerse en movimiento fueron los jóvenes de la misión. Durante las cuatro semanas de Adviento, reunimos a los jóvenes por zonas para prepararlos a vivir cristianamente la Navidad. Cada zona comprendía unas diez capillas y el grupo representante de cada capilla aportaba su propio villancico. Tenían que ser originales y acompañarlos con instrumentos tradicionales. El resultado fue sorprendente y así nos encontramos con un buen repertorio de villancicos que después aprendían los jóvenes de otras zonas y que podían cantar el día de Navidad.

Llegó después el turno de los ancianos o responsables de las capillas. Los sidamo son muy pobres y, aunque tienen muchas vacas, en muy contadas ocasiones del año comen carne. Pero en Navidad todo es diferente. Los cristianos, haciendo un gran esfuerzo, van reuniendo el dinero necesario para comprar una o más vacas, según el número de cristianos que forman la capilla y según la aportación de cada uno.

Los sacerdotes no podemos visitar todas las capillas en un mismo día, por eso los cristianos son invitados a reunirse en alguna de las capillas principales, fijadas para celebrar la Navidad. Emociona oír el canto lejano de los cristianos que caminan en la noche para llegar a la Misa de medianoche. Terminada la Misa vuelven contentos a sus capillas de origen, en donde seguirá la fiesta al día siguiente.

A mí me tocó la suerte de ir a Matana Murshano, la segunda capilla más grande de la misión. La Misa se celebró el mismo día veinticinco. Los numerosos cristianos iban llegando en pequeños grupos. Todos traían pequeños ramos de flores, la mayoría silvestres, que colocaron en el muro principal de la iglesia. Mientras tanto los jóvenes cogieron los tambores, sistros y kerar o guitarras locales y entonaron los nuevos villancicos que habían aprendido en sus reuniones.

Al comenzar la Misa, la capilla estaba rebosante, sobre todo de gente joven. Por las ventanas sin cristales y abiertas de par en par se veían pasar una y otra vez los ancianos que se disponían a sacrificar las vacas y terneros que comerían más tarde. Algunos de los más pequeños, salían y entraban impacientes para ver cómo iban los preparativos. Las últimas mujeres rezagadas llegaban inclinadas por el peso de los fardos de wasa (pulpa que produce el falso banano) que traían para comer.

La Misa solemne fue larga pero nadie tenía prisa. Era su fiesta y tenían que disfrutarla. Junto al altar habíamos colocado un Niño Jesús y durante el ofertorio casi lo cubrieron con mazorcas de maíz, vasijas con leche, verdura y otros dones. No faltaban las gallinas que después correataron por el altar. En alguna ocasión, alguna persona económicamente más pudiente llegó a ofrecer algún ternero joven para los más pobres. Terminada la Misa, los jóvenes ocuparon la parte central del presbiterio y cantaron el mejor canto de su repertorio, mientras una larga procesión de gente se acercaba a besar al Niño.

En el recinto que rodea la iglesia continuó la fiesta. Todos estaban contentos. Algunos habían tenido la suerte de estrenar unos pantalones o un vestido, quizás los únicos que iban a encontrar a lo largo de aquel año. Mientras todos se saludaban, los jóvenes colocaron en el suelo unas hojas grandes de wasa (falso banano) que sirvieron de mantel y de alfombras sobre las que sentarse. Sobre estas hojas sirvieron la wasa que las mujeres habían traído y la carne que habían cocido en grandes barriles. Algunos de ellos no volverían a comer carne hasta la próxima Navidad.

Pero esto no importaba ahora. Eran felices de poder compartir juntos todo aquel bien de Dios y de poderse llevar un poco a casa para que también participaran de la fiesta los enfermos, ancianos, los niños pequeños y los que se habían quedado a cuidar del ganado; pero eran felices, sobre todo, por la buena noticia que habían escuchado: "Os ha nacido el Salvador".



José Luis Lizalde( ETIOPIA)